

Yoyes, 40 años de una injusticia más

CARMEN GISASOLA SOLOZABAL

Exmiembro de ETA, participante de la Vía Nanclares

Los que decidieron matarla negocian ahora rebajas de sus condenas. La diferencia es que ETA no existe y ni ellos ni sus familiares van a andar con la preocupación de que alguien termine con sus vidas

Yoyes fue militante de ETA durante el franquismo y en los primeros años de la Transición. En aquellos años, entre los que volvieron a casa con la Amnistía y con la posterior disolución de una parte de ETA, una mayoría de lo que había sido su militancia dejó de pensar que utilizar la violencia fuera imprescindible. Pero ETA quedó en manos de la parte más intransigente que acaparó la imagen de resistencia y antifranquismo que tenía.

En aquel contexto, Yoyes se alejó de ETA por discrepancias con la mentalidad totalitaria que se imponía. Se fue a México y después de unos años, haciendo uso de su libertad, decidió volver a casa porque legalmente podía hacerlo.

En una sociedad cada vez más acomodada, se había impuesto la idea de que la solución para presos y refugiados solo vendría con la negociación y con la amnistía. Y mientras tanto a cumplir íntegramente las condenas, o en su caso no volver del exilio.

Así, los presos tenían prohibido solicitar los beneficios penitenciarios a los que todo preso tiene derecho: permisos de salida, cambios de grado, traslado a prisiones más cercanas... Las exiliadas que habían huido a otros países como Yoyes, no podían volver a casa aunque legalmente pudieran hacerlo, aunque sus casos hubieran prescrito o estuvieran amnistiados. Se arriesgaban a sufrir, no solo el vacío y la presión del entorno de ETA, sino incluso un atentado. Una mentalidad estricta, totalitaria y cruel.

Así se decidió matar a Yoyes, sin debate interno que hubiera reflejado muchas contradicciones. Porque Yoyes no fue una traidora. Fue coherente con lo que pensaba, reivindicó el derecho a discrepar y volvió a casa sin perjudicar a nadie. Era una mujer feminista, en un tiempo y en un entorno de hombres, que se atrevió a tomar sus propias decisiones aún a riesgo de su propia vida.



JOSÉ MARILÓPEZ

Pocos años después, a principios de los 90, cuando los primeros presos detenidos después de la amnistía del 77 llevaban más de 13 años de cárcel, se planteó en ETA la necesidad de flexibilizar la actitud en el tema de los presos y que pudieran acceder a beneficios penitenciarios.

Pero aquella reflexión se frenó. Los comisarios políticos que controlaban el tema de los presos, entre Gestoras ProAmnistía y los abogados, lo impidieron. Y así, entre quienes ejer-

cían el matonismo en los pueblos, los que ante ello se callaban por miedo y los que desde la comodidad de sus casas lo sustentaban con discursos y escritos radicales que ellos mismos no creían, siguieron manteniendo la disciplina interna por otros 20 años más.

Esto supuso y está suponiendo cientos de años de cárcel de más para muchos presos y años de vivir refugiadas en otros países cuando en realidad podían volver a casa. Algo que solo se ha podido mantener durante tantos

años por la presión que la Izquierda Abertzale ha ejercido en la calle contra los que se salían de su disciplina y contra sus familiares.

Después del fracaso de la última oportunidad de una salida negociada, y ante el convencimiento de que los siguientes en ser condenados a largos años de prisión iban a ser ellos, solo entonces, los responsables de la parte política se decidieron a imponer el final a los que en ETA se empeñaban en seguir utilizando la violencia.

Para ello, aceptaron legalizar la parte política con unos estatutos que hasta entonces eran inaceptables y desactivaron a ETA con ceremonias de propaganda. En realidad, entregaron las armas a la policía y dejaron a los presos en las cárceles sin más futuro que empezar a dar pasos para su reinserción dentro de la legalidad: salidas de unos días de permiso... hasta salidas llamadas terapéuticas para pasar unas horas fuera de la prisión acompañados por cuidadores y sacerdotes. Ahora ya pueden trabajar en los talleres de la prisión, en las cocinas... sin que les acusen de colaborar con el enemigo.

Los que decidieron matar a Yoyes, negocian ahora rebajas de sus condenas ante los Tribunales en Madrid y en París en condiciones que antes consideraban una traición cuando otros lo hacían. Utilizan ahora todos los recursos legales en beneficio de su situación personal. Abogadas que imponían la disciplina y transmitían mensajes de presión a quienes disentan se presentan ahora en la cárcel a cumplir sus condenas con los escritos preparados para solicitar todos los beneficios penitenciarios que prohibían a otros presos.

La diferencia es que ahora ETA no existe y aunque la mentalidad totalitaria en esos sectores aún subsiste, ni ellos ni sus familiares van a andar con la preocupación de que alguien se les aparezca y termine con sus vidas.

Ordizia recuerda hoy a la exdirigente de ETA con un monolito en su memoria

La familia colocará, como cada 10 de septiembre en la plaza Barandiaran, donde fue tiroteada por ETA, flores junto a su imagen

A. G. E.
San Sebastián

La plaza Joxe Migel Barandiaran de Ordizia volverá a ser hoy, 10 de septiembre, el lugar para la memoria de María Dolores González Katarain, 'Yoyes', la exdirigente de ETA asesinada hace 40 años por sus excompañeros

de la banda terrorista después de que en 1979, fruto de su propia evolución personal, se desmarcara de la organización, la abandonara y decidiera llevar una nueva vida. Familiares y amigos colocarán flores para su recuerdo en el lugar donde cayó asesinada por los disparos de José Antonio López Ruiz, 'Kubati', el etarra que tras preguntarle si sabía quién era, le dijo: «Soy miembro de ETA y vengo a ejecutar-te». Esa tarde de feria 'Yoyes' se habían acercado con su hijo Akaitz, de 3 años, a ver la exposición de maquinaria agrícola a la plaza de Ordizia, desde entonces bautizada como plaza 'Yoyes'.

Ese mismo lugar será escenario hoy del homenaje íntimo, ante el monolito que cada año coloca una de sus hermanas. Con la fotografía en blanco y negro de 'Yoyes', el nombre que desde muy pronto desplazó al oficial María Dolores y que nació de la lengua de trapo de sus hermanos-, el pequeño memorial estará presidido por la inscripción 'Por atreverse a discrepar y por usar de la libertad; lema que la familia ha utilizado todos estos años en recuerdo de la mujer que decidió rechazar la lucha armada y abandonó ETA, pero la banda nunca se lo perdonó.

La familia González Katarain ha mantenido desde entonces discreto silencio público sobre su asesinato. El pasado junio, Ángel Katarain, uno de los hermanos, dio luz a parte del relato familiar en el libro biográfico 'Los sonidos de mi vida' (Ed. Desacorde), en el que dedica uno de los capítulos a la memoria de 'Yoyes'. En él explica que «nunca» les pidieron perdón «ni ellos (ETA) ni el Estado» y que «el que quiera disculparse que vaya al cementerio y se disculpe allí porque a mí... Yo era un observador, cercano, más o menos dolido, pero las disculpas son con ella, no con nosotros».

El relato de los meses anteriores a su asesinato, cuando sabía que su vida podía correr peligro pero pesaba más el deseo de volver a su tierra, está recogido en el diario 'Desde mi ventana', el legado que escribió 'Yoyes' a partir de 1979 entre Francia, México y Donostia. Tras regresar de su exilio en el país americano, en 1985, se presentó en el Palacio de Justicia en Madrid para dejar constancia de su presencia en el país y recoger el documento que decía que, al no tener

nada pendiente con la Justicia, podía residir legalmente en España. En el libro habla de su temor a que sus antiguos compañeros tomaran represalias contra ella. Describe lo que sintió al ver «una pintada que dice 'Yoyes chivata' y otra 'Yoyes traidora', me imagino que habrá más... Es como si todos se hubieran puesto de acuerdo para matarme». Y añade: «Fui militante de ETA, dimití porque estaba cansada y en desacuerdo con la nueva línea que se perfilaba, hace de esto más de seis años, me fui, hice una vida alejada del mundo de la política, trabajando, estudiando; cuando sentí que no me involucrarían de nuevo en el pasado, tuve a Akaitz, un niño maravilloso que me absorbió un montón. Han pasado demasiadas cosas, demasiado tiempo para que yo recuerde o tenga presente lo anterior, algo que ahora toma una dimensión descomunal».

En el libro habla de su temor a que sus antiguos compañeros tomaran represalias contra ella. Describe lo que sintió al ver «una pintada que dice 'Yoyes chivata' y otra 'Yoyes traidora', me imagino que habrá más... Es como si todos se hubieran puesto de acuerdo para matarme». Y añade: «Fui militante de ETA, dimití porque estaba cansada y en desacuerdo con la nueva línea que se perfilaba, hace de esto más de seis años, me fui, hice una vida alejada del mundo de la política, trabajando, estudiando; cuando sentí que no me involucrarían de nuevo en el pasado, tuve a Akaitz, un niño maravilloso que me absorbió un montón. Han pasado demasiadas cosas, demasiado tiempo para que yo recuerde o tenga presente lo anterior, algo que ahora toma una dimensión descomunal».

En el libro habla de su temor a que sus antiguos compañeros tomaran represalias contra ella. Describe lo que sintió al ver «una pintada que dice 'Yoyes chivata' y otra 'Yoyes traidora', me imagino que habrá más... Es como si todos se hubieran puesto de acuerdo para matarme». Y añade: «Fui militante de ETA, dimití porque estaba cansada y en desacuerdo con la nueva línea que se perfilaba, hace de esto más de seis años, me fui, hice una vida alejada del mundo de la política, trabajando, estudiando; cuando sentí que no me involucrarían de nuevo en el pasado, tuve a Akaitz, un niño maravilloso que me absorbió un montón. Han pasado demasiadas cosas, demasiado tiempo para que yo recuerde o tenga presente lo anterior, algo que ahora toma una dimensión descomunal».

En el libro habla de su temor a que sus antiguos compañeros tomaran represalias contra ella. Describe lo que sintió al ver «una pintada que dice 'Yoyes chivata' y otra 'Yoyes traidora', me imagino que habrá más... Es como si todos se hubieran puesto de acuerdo para matarme». Y añade: «Fui militante de ETA, dimití porque estaba cansada y en desacuerdo con la nueva línea que se perfilaba, hace de esto más de seis años, me fui, hice una vida alejada del mundo de la política, trabajando, estudiando; cuando sentí que no me involucrarían de nuevo en el pasado, tuve a Akaitz, un niño maravilloso que me absorbió un montón. Han pasado demasiadas cosas, demasiado tiempo para que yo recuerde o tenga presente lo anterior, algo que ahora toma una dimensión descomunal».



González Katarain, 'Yoyes'